

Abjuró con ellas el paganismo, abrazó con sinceridad la fé y llegó á ser obispo: elevación tranquila y esenta de sobresaltos, y mas acomodada á su carácter que el tumulto y los riesgos de la guerra.

Durante su mando quitaron los vándalos la ciudad de Cartago á Valentiniano, y poco despues lo demas del Africa. Aunque eran hereges estos bárbaros, sirvieron á la Religion con mas eficacia que los romanos, pues en muy poco tiempo arruinaron los templos de los idolos y todos los vestigios de la idolatria que habia en aquella provincia. Mas así que su rey Genserico creyó tener bien establecida su autoridad, quiso tambien establecer su religion que era el arrianismo, y quitar la fé católica en todas las tierras de su obediencia. Primeramente saqueó las ricas iglesias de la capital, destinando la mayor parte á usos profanos y reservando la catedral para los ejercicios de la religion arriana. Mandó embarcar al obispo llamado *Quod vult Deus*, con la mayor parte de sus clérigos, en unas malas barcas que hacian agua por todos lados; sin embargo llegaron á Nápoles, en donde fueron recibidos como confesores. Los donatistas que habian quedado en Africa, se reanimaron al ver á sus antiguos enemigos á merced de los bárbaros, y se unieron á los arrianos para perseguirlos. En tanto que tenian escrúpulo de comunicar con los católicos por algunas soñadas relajaciones en la disciplina, contrajeron la union mas estrecha y abominable con unos hereges cuyas impiedades odiaban. En esta persecucion fueron señalados entre los demas por sus grandes padecimientos los obispos Novato, Severiano, y Posidio, el amigo célebre de San Agustín, porque se vieron echados de sus iglesias y aun de todas las ciudades sin que nunca vacilase su constancia.

Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquiano, todos cuatro españoles, que ciertamente

eran de los que habian seguido la fortuna de Genserico cuando pasó de España á Africa, eran sugetos de mucho talento y fidelidad y disfrutaban del mayor favor con el príncipe bárbaro. Convencido este de que le estimaban, y figurándose que sus beneficios le daban derecho para exigir de ellos o que quisiese, les mandó hacerse arrianos; pero ellos lo rehusaron intrépidamente. A instante Genserico lleno de furor los condenó á muerte, despues conmutó esta pena en destierro; pero mudando súbitamente de pensamiento, segun los antojos de su cólera, los hizo á todos cuatro espirar en los mas horribles tormentos, pero cada uno de un modo diverso. Los mártires tenian aun otro hermano jóven, de una presencia en extremo atractiva, y de una viveza de espíritu que muchas veces habia divertido al rey (1). Quiso corromper la fé de este jóven, mas no lo pudo conseguir, y despechado Genserico le condenó á la mas vergonzosa esclavitud, despues de haberle hecho dar de palos tan cruelmente, que solo pudo contenerle el temor de que espirase con los golpes ó de parecer menos dueño de sí mismo que un muchacho (a).

Por mas formidable que se mostrase el cruel vándalo en toda la estension del Africa, hubo no obstante obispos santos en Mauritania que escribieron fuertemente contra el arrianismo. Antonino de Constantina escribió una admirable carta al mártir Arcadio, de quien acabamos de hablar, para sostener su constancia en el destierro. Victor de

(1) *Prosp. Chronic. ann. 437; Salv. lib. 7. c. 167.*

(a) San Próspero en su Crónica al año 437, de quien lo han tomado todos los historiadores, afirma fueron españoles estos cinco mártires, el último de los cuales, llamado Paulino, era hermano solamente de Pascasio y Eutiquiano, y no de los otros dos; y si bien es verdad que no murió en los tormentos, no por ello deja de ser venerado como mártir con sus cuatro compañeros. Los martirologios celebran su memoria el 13 de noviembre, apellidándolos las primicias de los mártires de la persecucion vandálica. (N. del E.)

Cartagena, tambien en la Mauritania, tuvo suficiente ánimo para presentar al rey mismo un escrito considerable que acababa de dar á luz contra los arrianos. Con igual celo Cereal y Voconio, obispos, uno de Castella y otro de Castellana en la misma provincia, escribieron tambien contra los arrianos. Diéronse á luz otros muchos libros contra esta heregia en aquellas circunstancias, aunque no sabemos quiénes fuesen sus autores.

Empero la mas persuasiva elocuencia, la admirable paciencia de los católicos, los milagros mismos que hizo el cielo para justificarla, lejos de suavizar el ánimo de Genserico, solo sirvieron para hacerle mas implacable con los adoradores del Dios hecho Hombre (1). Viéndose el príncipe arriano despues de la toma de Cartago dueño de toda el Africa, á escepcion de algunas provincias distantes mejor defendidas por su esterilidad y pobreza que por las armas de Valentiniano, se atribuyó las propiedades de la provincia Bizacena, de la Abaritana, de la Getulia, y de una parte de la Numidia, y repartió á su ejército las tierras de la Zeugitana y de la provincia proconsular. Genserico obligó en estos dominios y en los inmediatos, so pena de muerte, á los sacerdotes y obispos á entregar los vasos y ornamentos con los libros eclesiásticos; y la debilidad de los ministros prevaricadores no le impidió despues echarlos de sus iglesias. Exigió de sus vasallos que espulsasen tambien á los pastores católicos despues que los hubiesen despojado; y que si rehusaban ceder sus iglesias, los redujesen á esclavitud: lo que se puso en práctica, no solo con el clero, sino tambien con muchos legos distinguidos.

Valeriano, obispo de Abenza en la Zeugitana, de edad de mas de ochenta años, fué sacado fuera de la ciudad, sin que le

acompañase persona alguna que cuidase de él; antes bien se les prohibió á todos que le diesen el menor auxilio, ni aun abrigo en las ciudades ni en los campos. Ejecutáronse estas cláusulas inhumanas tan puntualmente, que permaneció dia y noche á la inelencencia, privado de todo, y casi desnudo, todo el tiempo que un hombre puede vivir en esta horrible situacion, la cual efectivamente no acabó sino con su muerte.

Un oficial del tirano, llamado Proclo, habiendo tomado por fuerza en la misma provincia los vasos y ornamentos que el clero se habia negado á entregarle, llevó la profanacion hasta hacer que sirviese el paño del altar á los usos mas viles; pero súbitamente le acometió un accidente de frenesí, cortóse la lengua á pedazos con los dientes, y murió en esta especie de rabia. Entre los esclavos católicos tocaron á un vándalo cuatro hermanos, de los cuales el mayor se llamaba Martiniano, y una jóven de otra familia y de maravillosa hermosura, llamada Máxima. Aunque esta era de pocos años, su prudencia y madurez la hicieron digna de que su señor la confiase el gobierno de toda la casa. Para asegurársela mas y tambien á Martiniano, á quien amaba del mismo modo, quiso el bárbaro casarlos; pero Máxima habia consagrado á Dios su virginidad. Viéndose sola con Martiniano, le confió su voto, y fácilmente persuadió á este digno confesor de la fé á que respetase los derechos del Esposo Divino, á quien se habia consagrado, y diese á su inocencia un asilo mas seguro que la casa de un herege (1). Marchó Martiniano á concertarse con sus hermanos, y todos cinco se escaparon y se retiraron á Tabraca, los cuatro á un monasterio de hombres, y Máxima á una comunidad de vírgenes no distante de allí.

El vándalo los buscó hasta hallarlos, los

(1) *Vict. Vitens. lib. 1.*

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

(1) *Vict. Vitens. lib. 1, cap. 8.*

cargó de prisiones, y quiso no solo obligar á Martiniano y Máxima á cohabitar, sino también á abrazar el arrianismo con los otros tres y á hacerse rebautizar. Genserico supo todo esto, y autorizó al dueño de aquellos piadosos cautivos para hacerles padecer los mas terribles tormentos hasta que se conformasen con sus deseos. Golpearonlos con palos afilados á manera de sierra, hiriéndolos repetidas veces con tanta crueldad, que se les veían los huesos y las entrañas; pero á la mañana siguiente se encontraron sanos. Les pusieron grillos, pero se rompieron también prodigiosamente á vista de un gran número de personas, y aquel año, tan duro como impío y tiránico, fué herido de la mano de Dios él y toda su casa; murió de repente, le siguieron luego sus hijos, poco despues sus esclavos, y luego sus rebaños; y su viuda, por último recurso en su indigencia, vendió los confesores á un vándalo pariente del rey. Apenas los recibió este, cuando sus hijos y domésticos fueron atormentados de una manera igualmente horrible.

Por consejo de Genserico fué enviado este triste presente á un rey moro llamado Capsur, que era pagano. Desde entonces cobró Máxima su libertad, y vivió despues mucho tiempo en una comunidad de ferrosas vírgenes, de las cuales llegó á ser superiora. Los cuatro confesores fueron otros tantos apóstoles entre los moros idólatras, y Dios dió tanta virtud á sus ejemplos y palabras, que fundaron en poco tiempo una iglesia floreciente, adonde atrajeron de los lugares habitados todavía por los romanos unos sacerdotes capaces de cultivar este campo desmontado con tanta felicidad. Enfurecido Genserico con estas noticias, persiguió á los confesores hasta en aquel desierto, y se valió del influjo que tenia sobre Capsur para hacerlos morir muy cruelmente. Atáronlos á unos carros tirados de ca-

ballos fogosos, que los arrastraron por parajes llenos de piedras y zarzas, hasta que sus cuerpos se deshicieron á pedazos. Lamentábanse los moros viendo tal espectáculo, y se horrorizaron de tanta inhumanidad; pero obráronse tan grandes prodigios, que se mudó su luto en accion de gracias y en un culto sólidamente religioso.

Un católico ilustrado llamado Saturo, disputaba muchas veces con libertad y con gran ventaja contra los arrianos, los que cansados y avergonzados de verse siempre vencidos por la fuerza de sus razones, al fin le delataron (1). Estrecháronle desde luego á que abrazase el arrianismo, amenazándole sin mas argumento, con que si no obedecía le quitarían su casa, sus bienes, sus esclavos y aun sus propios hijos, y él lo sacrificó todo. Le dijeron que iban á desposar á su muger, á quien amaba tiernamente, con un conductor de camellos, y que ante él se la entregarían á este miserable.

Su muger supo pronto tal amenaza, y al momento se presentó á Saturo que estaba orando en un paraje solitario. Tenia ella los ojos desencajados, el cabello esparcido, el vestido desaliñado y rasgado de desesperacion: lamentábanse sus hijos corriendo tras ella, y la seguían mas ó menos cerca segun las fuerzas de su edad, y tenia en brazos al último, que mamaba todavía. Arrojóse á los pies de su esposo, abrazóle las rodillas, las inundó de lágrimas, y con una voz que ahogaban sus sollozos, le rogó se compadeciese de sus hijos comunes, tuviese presente la nobleza de su sangre, y no abandonase su esposa fiel á una infamia cuya sola idea era ya su suplicio. De repente se enciende á estas postreras palabras su rostro, luego queda pálida, y cae de espaldas sin sentido y sin movimiento. Véase Saturo atormentado de la mas

(1) Vict. Vitens. cap. 12.

cruel perplegidad; pero al momento se acordó de lo que dice el Hijo de Dios, que cualquiera que no le ama mas que á su muger, á sus hijos ó á sus bienes, no puede ser su discípulo; y permaneció inflexible. Lo mas heroico de su constancia fué que no se le quitó la vida, y que privado realmente de su muger y de cuanto poseia en el mundo, reducido á la mayor miseria, sin libertad para poder remediarla, sin poder salir del retiro que se le señaló para que nada pudiese aminorar su pena, vivió aun largo tiempo sin nunca desmentirse su virtud. La Iglesia venera á este gran Santo el 29 de marzo.

El orgulloso Genserico no se avergonzaba de rebajarse á toda especie de artificios y ficciones para hacer un apóstata: él mismo tentó á un cierto Arquinimo con las mas bajas lisonjas y con toda suerte de promesas; pero tuvo que sufrir el oprobio y confusion de no conseguir nada. Le condenó en su furor á que le cortasen la cabeza; pero envidiándole la gloria del martirio, mandó en secreto que si en el momento de la ejecucion se desanimaba el confesor, se le quitase la vida, y que se la conservasen si se sostenia con firmeza. Arquinimo mostró la mas firme constancia, por lo cual no le quitaron la vida. Tal era el celo infernal del restaurador del arrianismo.

Solo un hombre endurecido en el sacrilegio pudo aumentar estos horrores; Yocundo, sacerdote arriano, fué quien llevó al extremo el escándalo. Entre las personas de la casa del príncipe Teodorico, hijo del rey, se halló que habia un católico llamado Armogasto, y la profesion de la fé verdadera en un cortesano se reputó como un atrevimiento digno de muerte. Atormentáronle mucho tiempo con cuerdas de vihuela, apretándole con ellas todos sus miembros; pero Armogasto hizo la señal de la cruz y las cuerdas se hicieron pedazos. Tomaron otras mucho mas fuertes, pero tampoco re-

sistieron á la virtud omnipotente del nombre de Jesucristo. Le colgaron por un pie con la cabeza abajo, y por el mismo poder de este nombre adorable, lejos de sufrir dolores en aquella horrible postura, se le vió dormir muy tranquilo como si estuviese acostado en el mas cómodo lecho. Entonces el príncipe su señor quiso mandarle degollar; pero el presbítero Yocundo dijo que aun habia otros castigos á los cuales podría ceder Armogasto, y que si se le quitaba de un golpe la vida con la espada, los africanos le venerarian como un mártir. No obstante, parece que no admitieron este consejo, y que el sacerdote tentador se cubrió de un oprobio tan infame como infructuoso.

Aun era menor la crueldad de los vándalos que su sed de riquezas y su deseo de descubrir los tesoros que creían haber escondido los súbditos del imperio despojados ya de sus tierras. Valiéronse de toda especie de torturas para lograr estos descubrimientos. De tiempo en tiempo estos codiciosos ladrones armaban navios, é iban á buscar en los mares lo que el Africa agotada ya no podia dar á su insaciable codicia. El mismo Genserico ejerció la piratería luego que se vió sostenido por los auxilios de los moros (1). Hacia desembarcos todos los años por la primavera, ya en Sicilia, ya en Cerdeña, en toda la parte meridional de España é Italia, en la misma Grecia, y en las provincias del Imperio de Oriente, robándolo todo y llevándose multitud de esclavos, y talando y destruyendo sobre todo las moradas mas católicas. Habia principiado por la Sicilia estas infames espediciones, en donde causó horribles desórdenes, y la isla iba á quedar arruinada sin remision á no haber tenido que volverse al Africa por la noticia de que acababa de arribar á ella el conde Sebas-

(1) Procop. lib. de Bell. Wandal. cap. 5.